

jarillos que abrian sus gargantas en los nidos al alimento y á las caricias maternas, mientras las golondrinas subian á los cielos y el ruiseñor gorjeaba en las vecinas enramadas, no pudimos ménos de bendecir á la Naturaleza, que ofrece un teatro eterno á todas las tragedias, y páginas infinitas á todas las epopeyas de la historia.

LA CAPILLA SIXTINA.

Roma es la ciudad de las tristezas eternas. Sus cipreses murmuran una elegía. Sus fuentes lloran la muerte de algún dios. La luna, al reflejarse en sus mármoles, evoca legiones de blancas sombras. Por doquier muestra amontonadas las ruinas con sus coronas de ortigas. Un ejército de Titanes ha sido precipitado en el polvo de esta ciudad, asentada sobre urnas funerarias. Las piedras gigantescas, los muros ciclópeos, las columnas colosales son los huesos de esa raza vencida por los rayos del cielo, aniquilada por las maldiciones de Dios. Jamás un volcán extinguido por el frío de los siglos, fué tan majestuoso en la estéril soledad de su cráter, como esta Roma muerta. Jamás los huesos de los fósiles, incrustados en las montañas por el diluvio, enseñaron tanto como estos ladrillos diseminados en las cenizas, como estas piedras con sus inscripciones borrosas.

Todo es desolacion. Vagais entre sepulcros vacíos. La muerte no ha perdonado ni las cenizas de los muertos. La naturaleza, en su voracidad insaciable, ha metamorfoseado los huesos caidos sobre sus profundos senos. Y los átomos de César, de Sila, de Cincinato, de Camilo, quizá ruedan en el polvo barrido por el aire, quizá matizan tenuemente las frágiles alas de una mariposa, ó se dilatan por las fibras de la yerba que siega con su afilado diente la salvaje cabra.

Y sin embargo, cuando estaban agrupados sobre un esqueleto, cuando la sangre hirviente los regaba, cuando las entrañas, como otros tantos hornillos, mantenian el calor de la vida, esos átomos soportaban el peso del cielo, regulaban á su placer el mundo, y dirigian la humanidad con una frágil espada, hoy enmohecida, al cumplimiento de sus destinos.

Pero, ¿qué resta de todo esto? Unas cuantas capas de polvo amontanadas sobre otras capas de polvo, donde se han perdido y se han borrado los césares y los tribunos, los vencedores y los vencidos, los romanos y los bárbaros, los señores y los esclavos, sin que pesen más en la balanza del Universo y en la gravitacion del globo unas que otras cenizas.

Despues de haber andado largo tiempo entre tantas ruinas, echais de ménos los habitantes,

pero habitantes á la altura del coloso. Nada importa el ave nocturna que se esconde en el hueco de un sepulcro; nada el murciélago que sale de una catacumba; nada el buho ó el cuclillo que cantan en la soledad de la noche sobre las piedras del Coliseo. Quereis, repito, ver habitantes á la altura del coloso. Inútil buscarlos en una raza degenerada y sierva. Los dignos habitantes de Roma son los hombres de mármol tallados por el cincel en piedras inmortales. Son las figuras dibujadas en los muros por el genio. Y entre estas figuras, las que tienen todavía el fuego sagrado en la frente; las que guardan la fuerza del heroismo en los músculos y en los nervios crispados por las chispas del pensamiento; las que respiran la tempestad en la ancha fragua de sus colosales pulmones; las que pueden sostener el cielo con su frente, y dejar bajo sus piés una huella indeleble en la tierra, son las figuras de Miguel Angel.

Parece que despues de haber estado caido en el polvo mil años el genio del Capitolio, arrullado por los Misereres de la Edad Media, ha sacudido su pesado sueño un dia, se ha levantado arrojando las montañas de ruinas amontonadas sobre sus espaldas, y ha ido á buscar ese Titan del arte, ese Miguel Angel siniestro, solitario, tétrico, sublime, para comunicarle el soplo de su

espíritu, y pedirle en cambio que dejara grabadas sobre los muros de la Roma católica las sombras colosales de la Roma antigua. Así debían ser de fuertes, de fornidos, de hercúleos, los héroes romanos; ese pecho fortísimo necesitaban para infundir con su aliento un espíritu á la humanidad; esos brazos nervudos para manejar el caballo de guerra y llevarlo vencedor desde las orillas del Tigris á las orillas del Bétis; sobre esos anchos hombros descansaba la tierra como sobre otras tantas cariátides; esa actitud forzada y casi imposible debían tener cuando asaltaban Jerusalén y Alejandría; sus manos parecen vibrar aquella lanza, con la cual abrieron las venas de los pueblos y los ingertaron fuertemente en su derecho; y las espaldas gigantescas se encorvan un poco, cual si trajeran todavía al *pomerium* la enorme carga de los dioses vencidos en toda la tierra.

Esta fué la idea que en mí despertó la Capilla Sixtina, cuando la visité de vuelta de la Vía Apia, de la Vía de los Sepulcros. Al pronto, en aquel templo del arte, ahumado por los cirios y por el incienso, no descubrí más que las figuras colosales, y no os dais cuenta ni de la idea ni de los personajes que representan. Yo de mí sé decir, que fuertemente conmovido por la larga carrera entre dos ó tres leguas de sepulcros, imaginaba

ver en los Alcides de la bóveda y en los varios grupos del Juicio final, las almas escondidas en las ruinas; esas almas que flotan sobre las piedras, sobre los arcos ruinosos; esas almas errantes por la tierra del Foro, revistiendo formas humanas, colosales, violentas, como si el huracán del último día del mundo las sacudiera, pero formas en debida proporción y armonía con su histórica grandeza. Las figuras de Miguel Angel son los héroes antiguos que han crecido en su sepulcro.

La Capilla Sixtina toma su nombre de Sixto IV. El pontificado de éste fué agitadísimo. Maquiavelo aprendió parte de su política en la conducta de Sixto. Fué el primero que mostró cuán grande era el poder político de los Papas, y armando guerras contra los magnates de Italia, mereció ser atendido de todos y alabado por el autor del *Príncipe*. En su tiempo, y á sus instigaciones, murió asesinado Julian de Médicis en Santa María dei Fiori de Florencia, á la hora misma de alzar á Dios en la misa Mayor. Los Médicis, en cambio, colgaron de una ventana al Obispo nombrado por el Pontífice para Pisa. Las riquezas de Sixto IV montaban mucho, porque provenían de la venta de beneficios. Pedro Riario era Cardenal á los veintiseis años, Patriarca de Constantinopla, Arzobispo de Florencia, y murió exhausto

de oro, de sangre, á manos del placer, como Baltasar ó Sardanápalo. Las facciones combatian á la puerta del Vaticano y manchaban de sangre hasta las gradas de los altares de San Pedro. Pero la córte romana se enriquecía, y con estas riquezas levantaba capillas. Era este el tiempo en que por dinero se concedian permisos de robar á los bandidos, y en que un camarero decia á Inocencio VIII, que habia comprado la silla pontificia con simonías, y que habia vendido salvoconductos á los ladrones: «Procede bien V. S., » porque Dios no quiere la muerte del pecador, » sino que pague y viva. »

Pero si la Capilla debe su nombre á Sixto IV, debe la maravillosa decoracion de la bóveda á Julio II. Este tiempo es el tiempo clásico de los horrores de Italia. Si, como dice Alfieri, la planta-hombre nace más robusta en la Península italiana que en el resto del mundo, y se conoce su robustez en sus crímenes, jamás ningun país los presencié tan grandes. Pisa espiraba en sus lagunas, despues de una resistencia que tenia algo de la furiosa locura del suicidio. Un Dux de Génova, alzado desde el movable seno de las clases plebeyas á la suprema dignidad, era asesinado, descuartizado; sus miembros, repartidos entre los enemigos, puestos como trofeos en los muros. Tres mil ciudadanos caian degollados sobre el

suelo de Prato, al par que eran violadas las innumerables monjas de sus conventos. La nobleza veneciana moria tostada en una cueva de Verona, cuyos bosques ardian horriblemente. Ni siquiera fueron perdonados los niños de pecho. Era tan espantoso aquel tiempo, que hasta las mujeres se volvian crueles. Una campesina toscana descabezaba al soldado español que la habia robado á su hogar, y huía para presentarle á su marido, en desagravio de su honra, la lívida cabeza. Los suizos talaban el Milanesado, los alemanes Venecia, los franceses Ravéna, los españoles el resto de Italia. Allí Gaston de Foix se complacia en mostrar su camisa, roja de sangre italiana. Allí Bayardo ejercia las crueldades caballerescas de los tiempos feudales. Allí saltaban las minas inventadas por Pedro Navarro. Allí el Gran Capitan ganaba sus victorias á costa de cruentísimas luchas. Italia era un campo de matanzas. Hileras de insepultos cadáveres la cubrian desde los desfiladeros de los Abruzos, hasta los desfiladeros de los Alpes. Pero, en medio de todas estas catástrofes, el genio que truena, la voz que impera, es el genio y la voz de Julio II, austero en su vida, italiano en el fondo de su corazón, forjado para las batallas en el bronce del heroísmo; hábil hasta añadir ó sustraer á sus cálculos, como cifras aritméticas, los reyes y los

emperadores y los pueblos; pagado de su autoridad religiosa, porque le sirve para afirmar su autoridad política, implacable en sus castigos como un sacerdote del antiguo Testamento, veloz como un condottiero para emprender correrías y asaltar ciudades hasta en los rigores del invierno; en la una mano los rayos espirituales para vibrarlos fuertemente y expulsar los herejes de la Iglesia; en la otra mano la mecha para encender los cañones y expulsar los bárbaros de Italia.

Indudablemente hay una relacion de temperamento entre el Papa Julio II y el artista Miguel Angel. Aquél quiere extraer del fondo de las invasiones una raza de héroes que sirvan para sostener la patria, y éste del seno de las canteras otra raza de titanes que sirvan para escitar á la gloria. Así le propone á Julio II su sepulcro: una montaña de bronces y mármoles; ancha la base y elevada la cúspide; una gradería entre ellas de cornisas caprichosamente cinceladas; diversos genios en esas actitudes viriles, violentas, pero armónicas, cuyo secreto sólo él poseía, teniendo sobre su cerebro mantenidas las cornisas y bajo sus piés encadenadas las naciones: las Virtudes y las Artes, por hermosísimas mujeres representadas, llorando y retorciéndose de dolor; sobre las cuatro esquinas de la primer cornisa, la Vida activa y la Vida contemplativa, San Pablo, cuya pala-

bra es una espada, y ese Moisés que todavía nos aterra con su mirar, relampagueante como el Sinai; arriba, sobre trofeos, tributos de la naturaleza y recuerdos de la historia, Cibeles, la tierra, sosteniendo una mortaja con la actitud de una Madre Dolorosa que abraza al Crucificado exánime en su amante seno, y mirando á Urano, el cielo, que todo lo remata sonriente, y que engarza el genio del Papa, como una estrella más, en el coro de sus bienaventuradas almas. Era aquella tumba un poema cíclico.

Miguel Angel corria á las montañas á buscar el mejor mármol. Llenaba de grandes piedras Roma. Luégo cogia su martillo, su cincel, y comenzaba á romper, á desbastar el mármol, buscando anhelante, sudoroso, con esfuerzos supremos, entre una nube de piedras que saltaban á sus golpes, la imagen tal como la descubria en su propia conciencia. Pero cuando estaba en el hercúleo trabajo empeñado, la envidia le mordió en el talon. Bramante, uno de los genios de aquella edad sobrenatural, quiso perderlo. Arquitecto principalmente el uno, escultor principalmente el otro, léjos de excluirse, debian completarse.

Las grandiosas estátuas de Miguel Angel, parecen hechas para lucir bajo los atrevidos arcos de Bramante. Allí, entre aquellas largas líneas, bajo aquellas curvas prodigiosas, teniendo por decora-